

Los pilares del mar

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Les piliers de la mer*

En cubierta: La aguja de Étretat, Francia,
y en página 12: North Gaulton Castle,
Orcadas, Escocia © Thomas Goisque

Ilustraciones del interior: Sylvain Tesson

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions Albin Michel, París, 2025

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-60-8

Depósito legal: M-13.769-2026

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Sylvain Tesson

LOS PILARES DEL MAR

Un desafío a los límites
de la naturaleza

Traducción del francés
de Susana Prieto Mori

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 163 (Serie Mayor)

Índice

UNO	
La aguja en el corazón	13
DOS	
El retroceso de la costa	19
TRES	
El repliegue del ser	25
CUATRO	
Las torres mitológicas	31
CINCO	
El dominio de los dioses	37
SEIS	
El farallón del confín de las tierras	43
SIETE	
La separación de los seres humanos	51
OCHO	
La marcha de las operaciones	57
NUEVE	
El rastro en el no-lugar	77
DIEZ	
La muy intensa oscilación	85

ONCE	
El biotopo de la libertad	91
DOCE	
La conquista del mundo (del pobre)	97
TRECE	
La huida más allá de lo inmundo	105
CATORCE	
La alegría de nombrar	113
QUINCE	
Los farallones según el corazón	127
DIECISÉIS	
La caída, el miedo, el fracaso	137
DIECISIETE	
La noche sobre la Acrópolis	147
DIECIOCHO	
Los obeliscos de la belleza	155
DIECINUEVE	
El principio de distinción	159
VEINTE	
La moral de los pequeños farallones	163
VEINTIUNO	
El farallón como experiencia interior	171
VEINTIDÓS	
La utilidad de la ausencia	177
Agradecimientos	183

*A mi padre, Philippe Tesson (1928-2023),
que odiaba el vacío*

«Llegaba allí olvidándome a mí mismo y a
cambio de mi vacío recibí la poesía».

JEAN GRENIER,
Inspiraciones mediterráneas

«Examinemos primeramente la cuestión
desde el punto de vista más elevado».

HONORÉ DE BALZAC,
Tratado de los excitantes modernos



UNO

La aguja en el corazón

Cuando uno se las da de aventurero, es irritante vivir en el siglo XXI. La superficie del globo está cartografiada. A cada playa su chiringuito. Ni un manantial sin agua embotellada, ni un escarabajo que no esté en el museo. Se va al desierto de Gobi como a la bahía de Arcachón. ¿Queda acaso alguien sobre la faz de la Tierra que ignore la existencia de La Grande-Motte?

Los optimistas replicarán: «Hay una cumbre virgen en los confines afganos». No estaría yo tan seguro. Hay alpinistas que suben a una montaña convencidos de desflorar la cima. Se encuentran el banderín de alguien que llegó primero.

El ser humano ha vencido a la geografía. Se ha extendido por todas partes. Desde la época en que tallaba las piedras, ya ha tenido tiempo. Consciente de que la Tierra ha desvelado sus últimos secretos, el pobre terrícola de nuestro siglo vuelve la mirada hacia las estrellas. «Allá arriba», murmura. Sueña. Algún día, quizás, haya un astronauta que grabe su huella en un suelo intacto. Mientras tanto, hay cola para escalar el Everest.

No, en serio, no es que yo sea retrógrado, pero me nacen nostalgias de la época en que bastaba con salir de la

cueva para hundirse en lo desconocido. En el Paleolítico (superior, si es posible), muchos problemas se resolvían por el mero hecho de no existir.

Me hallaba sumido en estas reflexiones, acodado en la barra de mi alma, cuando di con un ejemplar de bolsillo de *La aguja hueca* de Maurice Leblanc. En la cubierta, simpáticamente abigarrada al estilo *kitsch* de nuestras dulces infancias de los años setenta, la aguja de Étretat. Se alzaba orgullosa en el agua gozosa. Los pintores impresionistas se enamoraron de ella. Arsène Lupin la convirtió en su guarida. La roca era friable, la aguja estaba a punto de derrumbarse. Muy pocos seres humanos habían pisado su cumbre. Era más fácil pintarla. Todo esto constituía una serie de razones para ir a investigar.

Allí arriba había un espacio preservado. Tal vez tendríamos la sensación de alcanzar una *terra incognita*. Reuní una tropa de amables nautas. El objetivo era escalar la aguja al alba. Philibert traería el bote, Olivier los víveres. Du Lac, escalador sin par, dirigiría la operación. El escudrón de la muerte.

Salimos una noche de otoño. Por la mañana, a la hora de los pescadores, echamos el bote al agua, remamos con entusiasmo. A estribor pasan el arco del Manneporte, la cala de Jambourg. Hacia el este, la aguja de Étretat. Sale el sol, el mar chispea, la roca blanca se ilumina. Philibert nos deja al pie de la aguja. Du Lac y yo dejamos el bote provistos de cuerdas. Nos agarramos a los bígamos. Philibert se aleja remando para esconder el esquife al otro

lado de la Porte d'Aval, en la gruta natural del Hueco del Hombre. Nos reuniremos más tarde con él, a nado.

Por el momento, escalamos. Tratamos de ser dignos de las visiones de Maupassant. Los acantilados de Étretat son «practicables para las mujeres audaces y los hombres muy flexibles y muy habituados a las paredes rocosas». Nos lleva una hora llegar a la cumbre, a cincuenta y cinco metros de altura. Los sílex se despegan de la piedra caliza. Encontramos pitones oxidados: ¡no somos los primeros!

Las ocho. La marea sube, vibra, los acantilados reflejan la luz. Estamos en la punta, embargados por el gozo, entre cielo y mar, un lugar habitable. He preparado un texto. Lo leo, para las nubes. Nadie escucha. Pasa una gaviota.

LLAMADA POLÍTICA DESDE LA CUMBRE DE LA AGUJA

ARSÈNE LUPIN NO QUERÍA CAMBIAR EL MUNDO.

EN LA CUMBRE DE LA AGUJA, SE MOFABA DE LAS IDEAS HUECAS. CANTABA A LO «ESPONTÁNEO»: FANTASÍA, LIBERTAD, GUSTO POR LAS COSAS BELLAS. DESENVOLTURA Y LARGA MEMORIA.

PREFERIMOS LA LIBERTAD A LA SEGURIDAD, LAS NOSTALGIAS PRIVADAS A LAS PROMESAS PÚBLICAS. QUEREMOS AMAR, BEBER Y CANTAR SIN QUE EL PODER DEL ESTADO NOS INDIQUE CÓMO HACERLO. LAS AGUJAS SON REFUGIOS. AGUANTAN.

HAY QUE CONOCER LAS PROPIAS AGUJAS, ALCANZARLAS, SUBIR A LA CUMBRE CUANDO EL AIRE SE ESPESA.

Doblo el papel. Du Lac clava un pitón y lanza las cuerdas al vacío. Bajamos en rápel, llegamos al mar, a la cueva. Avisados por unos paseantes, los gendarmes han subido a un bote. Llegan demasiado tarde. En la playa de guijarros, eufórico por la hazaña, me doy cuenta de que acabo de realizar algo muy superior a una gamberrada. En lo alto de la aguja blanca, sentí una alegría dolorosa. Una punzada extraña, no el simple placer de la pantomima. Manteniendo el equilibrio en un espacio apenas mayor que un taburete, llegué al punto de contacto entre el tiempo, el espacio y mi propio corazón. Son milagrosos esos momentos en que el instante se congela en la partitura. Los sentidos reciben la información grave y aberrante de habernos fusionado con el eje de giro del mundo. Todo se congela, luego se suspende. La conciencia recibe la totalidad del panorama en una imagen fija, familiar. Hasta el cormorán que planea más abajo parece ser esperado. Tal vez sea eso la definición de vértigo: que el yo se ensanche y que no se acartone en el miedo.

¿Qué me ha pasado? ¿Habré encontrado en esa aguja del mar un lugar y una fórmula? Llevo mucho tiempo buscando los lugares del mundo donde se cruzan la eternidad de las patrias de la infancia y el rechazo de los rediles modernos. Aquí nadie nos prohíbe el juego del peligro y la alegría. Nadie nos ordena entusiasmanos por causas estúpidas o atroces mercancías. En esa cima, a tiro de piedra de los acantilados, creía estar al borde del universo.

La impresión duró unos segundos. Nos *situábamos* allí, al borde del vacío. Nada era posible, todo parecía al alcance de la mano. Subía la dulzura del mar: libertad cla-

ra, alta belleza. No daba crédito a encontrarme en aquel circo lácteo, en un punto donde era absurdo estar. El mar vivía. Nosotros: fijos en el movimiento. El ser se unía con el lugar.

En Venecia, en el siglo XVIII, Tiepolo lanzaba al techo de los palacios ángeles, madonas y monjes que volaban por el cielo rosado, con los brazos abiertos. Parecían aspirados por un vórtice de gozoso fervor. En la cima de la aguja, experimenté esa embriaguez seca. Flotaba entre cielo y mar. Al fin y al cabo, es lo que siempre he buscado desde que recorro el mundo: la elevación. Puesto que no sé pintar, me marchó por el mundo. Puesto que no sé rezar, escalo. A veces llego a un lugar elevado. Llega a producirse una ascensión.

De vuelta en la playa de guijarros, pregunto a Du Lac dónde se encuentran esa clase de agujas.

—En todas las costas del mundo.

—Escucha —le dije—, vámonos. Vamos en busca de los pilares del mar. Los revisamos todos. Nos acercamos, los escalamos, los bendecimos. Quiero revivir mi iluminación de la aguja blanca. Volver a permitirme el lujo de sentir que estoy *donde debo estar*.

—¿Y eso dónde es?

—En la punta del mundo, donde no hay nada que hacer, donde no puedo quedarme, en un lugar a donde nadie ha ido, donde el mundo se hace bello, un lugar que no tardará en derrumbarse y que es difícil alcanzar, que es urgente abandonar, que es inútil conquistar.

—Me apunto —dijo Du Lac.

Y así fue como pasamos años subiendo a los farallones.